

CRUZADOS Y PEREGRINOS LEONESES Y CASTELLANOS EN TIERRA SANTA SS. XI-XII)*

MARGARITA C. TORRES SEVILLA-QUIÑONES DE LEÓN
(Historia Medieval, Universidad de León)

«Vestíos de toda la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo, que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra principados, contra potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso... Embraced en todo momento el escudo de la fe con que podáis apagar los encendidos dardos del maligno. Tomad el yelmo de la salvación y la espada del espíritu...»

(San Pablo, Epístola a los Efesios VI, 11-17)

Los investigadores que se han ocupado hasta el presente de analizar el así llamado *fenómeno de las Cruzadas* consideran que la participación en ellas de los nobles procedentes del noroeste peninsular fue mínima, mencionando, tan sólo, los nombres de un puñado de caballeros la mayoría de ellos originarios de las tierras de Aragón, Navarra y Cataluña.

La invasión musulmana del 711, la posterior llegada de los almorávides y, después, los almohades, marcarán un largo período de enfrentamientos constantes entre los reinos de León y Castilla y al-Andalus primero y los estados taifas más tarde. Luchas que servirán para justificar la ausencia de esta aristocracia norteña de Tierra Santa empeñada como se encontraba en su propia y particular Cruzada hispana.

Pero, más allá de esta aparente y continua oposición de fuerzas, ni los reyes leoneses y castellanos siempre consideraron a los musulmanes como el único enemigo a combatir ni sus estados dejaron de enviar representantes al Este Latino.

* Deseamos dedicar el presente trabajo a nuestro maestro, el Dr. D. César Álvarez, y a D.ª Virtudes Domínguez por su apoyo sincero en momentos especialmente difíciles.

Si a lo largo del siglo X y primeras décadas del XI los escasos períodos de paz interna permitieron a los monarcas norteños aumentar sus territorios y consolidar la frontera durante los breves intervalos de paz que las frecuentes rebeliones nobiliarias les ofrecían, no es menos cierto que esta dura dinámica terminó por desgastar a la propia corona y servir como plataforma para el afianzamiento territorial y político de la aristocracia descendiente de aquellos viejos linajes condales que realmente desgarraron las tierras cristianas con sus intrigas y alianzas con el Islam.

La entronización de la dinastía navarra en León supuso el principio de una nueva etapa en las relaciones entre ambos grupos de poder: nobleza y monarquía. Alrededor de la figura del soberano, a su servicio, comienza a prosperar un grupo de estirpes, todas ellas derivadas de los troncos magnaticios asturleonese, que, a su vez, terminarán por convertirse en el referente genealógico de las principales casas bajomedievales.

La conquista de Toledo por Alfonso VI en 1085 representó el mayor avance de la undécima centuria: la antigua capital del reino visigodo retornaba a poder cristiano y los reinos taifas, la mayoría ya vasallos de este monarca, temían al cada vez más poderoso vecino del norte y parecían entrever su posible final. Pero, apenas si un año más tarde, la invasión almorávide de la Península sentenció esta evolución política en la derrota de Sagrajas, batalla que casi le cuesta la vida al soberano de León.

Sin duda asistimos a un antes y un después marcados por esta victoria musulmana. El rey, previendo una dura campaña, solicita la ayuda de todos los caballeros europeos dispuestos a defender la cristiandad frente al enemigo norteafricano.

Su llamamiento llegó, sin duda, en el momento oportuno y, desde Francia, acuden a esta petición los condes Raimundo de Saint-Gilles y Enrique y Raimundo de Borgoña. Como es sabido los tres fueron recompensados, por su ayuda, con la mano de las hijas del monarca: Raimundo de Saint-Gilles desposó a Elvira, Enrique a Teresa (ambas nacidas de las relaciones extramaritales de Alfonso VI y Jimena Muñiz), y Raimundo de Borgoña fue premiado con la mano de Urraca, algunos años más tarde heredera del trono.

Parece una conclusión evidente que, con tales problemas en el interior, los caballeros leoneses y castellanos difícilmente podían mostrar interés en el llamamiento papal de Clermont al que sí acudió Raimundo de Saint-Gilles, poco tiempo después uno de los caudillos de la Primera Cruzada.

Sin embargo, si bien la lógica nos lleva a considerar que en las huestes del conde de Tolosa debieron encontrarse caballeros al servicio de la infanta Elvira, su esposa, la evidencia documental nos permite probar que las noticias de la caída de Jerusalem el 15 de julio de 1099 alcanzaron León

en fechas relativamente tempranas pues, en breve, asistimos a la peregrinación a Palestina de ciertos nobles del noroeste peninsular y, durante el reinado de Doña Urraca, a la misma asistencia militar de algunos de éstos a las huestes cruzadas.

Entre la abundante bibliografía que se ha ocupado de abarcar el estudio del marco cronológico comprendido entre la caída de Jerusalem y la tercera cruzada, apenas si algunos estudios refieren, siempre de forma escueta y parca, la presencia ya como peregrinos, ya como fuerza militar, de caballeros procedentes de León y Castilla¹.

Enfrentarse a este vacío nos llevará a rastrear las breves notas de situación y los retazos procedentes de crónicas y documentos hispanos y del este latino, referencias en ocasiones lo suficientemente ricas como para justificar algunas reconstrucciones prosopográficas.

Pero antes debemos regresar de nuevo a 1087. Como dijimos, ese año, después del desastre de Sagrajas, nobles procedentes de allende los Pirineos llegaron al reino de Alfonso VI acudiendo a su llamamiento de ayuda.

¹ Entre los múltiples estudios sobre este período histórico podemos extraer, como los más relevantes, los siguientes:

- J. FRANCE, *Victory in the East. A military history of the First Crusade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994 (2ª ed. Cambridge, 1996).
- , «The crisis of the First Crusade: from the defeat of Kerboagh to the departure from Arqa», *Bisantion*, 40 (1970), pp. 276-308.
- J. GILLINGHAM, *Richard the Lionheart*, London, 1978.
- S. D. GOITEIN, «Contemporary Letters on the Capture of Jerusalem by the Crusaders», *Journal of jewish studies*, 3 (1952), pp. 162-177.
- V. GROSS et C. C. BORNSTEIN, *The Meeting of two Worlds*, Michigan, 1986.
- R. GROUSSET, *Histoire des croisades et du royaume franc de Jérusalem*, 3 vols., Paris, 1934-36.
- R. HILL, «Crusading warfare: a camp follower's view of 1097-1120», *Battle*, 1 (1978), pp. 75-93, 209-211.
- P. M. HOLT, *East Mediterranean Lands in the Period of the Crusades*, Warminster, 1977.
- , *The Age of the Crusades*, London, 1986.
- Y. KATZIR, «The conquests of Jerusalem in 1099 and 1187» in *The Meeting of two Worlds*, Michigan, 1986, pp. 103-114.
- H. E. MAYER, *Kreuzzüge und lateinischer Osten*, London, 1983.
- , *Probleme des lateinischen Königreichs Jerusalem*, London, 1983.
- A. V. MURRAY, «The origins of the Frankish nobility of the Kingdom of Jerusalem 1100-1118», *Mediterranean historical review*, 4 (1989), pp. 280-292.
- J. PRAWER, *Histoire du royaume latin de Jérusalem*, 2 vols., Paris, 1969.
- , *The Latin Kingdom of Jerusalem. European Colonialism in the Middle Ages*, London, 1972.
- J. RILEY-SMITH, *The First Crusade and the Idea of the Crusading*, London, 1986.
- , et L. RILEY-SMITH, *The Crusades: Idea and reality, 1095-1274*, London, 1981.
- S. RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas*, 3 vols., Madrid, 1973.
- T. SEVERIN, *Crusader*, London, 1986.
- R. C. SMAIL, *Crusading Warfare (1097-1193)*, Cambridge, 1956.

En 1087 es alférez real de la hueste leonesa y castellana Pedro González de Lara, hijo de Gonzalo Nuñez², dignidad palatina que mantiene hasta finales de 1091, siendo sustituido en este oficio por Gómez González³.

En 1092 se data el matrimonio entre Doña Urraca y el conde Raimundo de Borgoña y posiblemente también el de su hermana la infanta Elvira con Raimundo de Saint-Gilles. Poco después, en 1095, en el Concilio de Clermont, el conde de Tolosa decide emprender la aventura cruzada, empresa en la que le acompañan un grupo de caballeros hispanos⁴.

Deseamos reclamar la atención sobre este punto por cuanto resulta de inestimable ayuda para la futura comprensión de los acontecimientos.

² Para los datos genealógicos de este caballero y su estirpe véase: M. TORRES SEVILLA-QUIÑONES DE LEÓN, *Linajes nobiliarios de León y Castilla (siglos IX-XII)*, Salamanca, 1999, pp. 217-236.

³ Ratifica como *armiger* entre otros los siguientes documentos: *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (957-1230)*, III (1074-1109), ed. M. HERRERO, León, 1988, docs. 836, 858, 862, 884 (= en adelante CDS); *Colección documental del archivo de la Catedral de León (775-1230)*, IV (1032-1109), ed. J. M. RUIZ ASENCIO, León, 1989, docs. 1256, 1260 (= en adelante CCL); *Colección de documentos de la Catedral de Oviedo*, ed. S. GARCÍA LARRAGUETA, Oviedo, 1962, doc. 95 (= en adelante CCO).

La última referencia, datada el 3 de noviembre de 1091, aparece recogida en la colección diplomática del reinado de Alfonso VI realizada por Gamba en la que figura el primero después de los condes (A. GAMBRA, *Alfonso VI. Cancillería, curia e imperio, II. Colección diplomática*, León, 1998, doc. 116).

Existe, sin embargo, una confirmación posterior fechada en 1098 (CDS, doc. 1028), pero, en nuestra opinión debería revisarse la adscripción cronológica de tal diploma, pues desde finales de 1091 y hasta su vuelta en 1105, el nombre de este magnate desaparece totalmente de la documentación castellana y leonesa. Creemos que el referido diploma debe ser corregido en su data por varias razones: en primer lugar porque aparece investido de la dignidad condal el alférez y sin patronímico que nos permita situar en ese momento con suficiente claridad a Pedro González de Lara pues el aludido ratifica como «...*comite Petrus armiger*...». Sabemos que hasta después de 1105 este caballero no alcanzó tal dignidad pero, además, el mismo mes de mayo de 1098 en el que se sitúa cronológicamente este documento, aparece confirmando como alférez real Gómez González, que ocupa este mismo cargo desde fechas anteriores y de forma continuada a lo largo de 1098. Así aparece, entre otros, en: CDS, docs. 1023, 1025, 1026, 1027, diplomas que abarcan los meses de marzo, abril y mayo, este último el mismo mes en el que se data el documento referido que alude a un «*Comite Petrus armiger*».

Gómez González mantuvo este cargo desde 1092 hasta 1098 sustituyendo en tal dignidad a Pedro de Lara y siendo sucedido por García Álvarez (CCL, docs. 1264, 1277, 1282, 1293; CDS, docs. 903, 907, 911, 913, 914, 919, 925, 935, 950, 972, 974, 979, 985, 987, 992, 996, 1021; CCO, doc. 111). Puede seguirse el período del alfezazgo de García Álvarez en: CDS, docs. 1041, 1043, 1078, 1089, 1092, 1093, 1094, 1099, 1100, 1102, 1114, 1122, 1127, 1136, 1150, 1151.

⁴ Fernández de Navarrete, en su ya clásico estudio sobre los españoles en las cruzadas, citando a Maimbourg, habla de «...*varios condes españoles*...» (M. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Españoles en las Cruzadas*, (reed.), Madrid, 1986, p. 16, n. 8).

El mismo autor refiere que formaban parte de la comitiva de la condesa Elvira (M. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Ibidem*, pp. 17-18).

Sabedor de los deseos de su ahora yerno y buscando, probablemente, garantizar la seguridad de su hija la infanta Elvira al tiempo que participar en esta empresa europea con un contingente armado, Alfonso VI formaría un grupo de caballeros a los que encomendaría tales líneas de actuación.

Apoya nuestra hipótesis la *desaparición* documental del propio alférez de la hueste real leonesa, Pedro González de Lara, personaje experimentado en la guerra contra el infiel, hombre joven y sin duda de la confianza del monarca ya que a él había encargado la dirección del ejército de León y Castilla durante los difíciles momentos posteriores a Sagrajas.

Consideramos que, al frente de este grupo, se encontraría Pedro de Lara ya que los diplomas silencian su presencia en la corte, en Burgos y Palencia, donde se hallan las tierras de su linaje, en Campos, la frontera oriental, Galicia, y las distintas Asturias, sin olvidar el área portuguesa⁵.

Tal desaparición sólo puede deberse a una partida del magnate del territorio cristiano peninsular o a una prolongadísima prisión en manos de los musulmanes hispanos que, sin embargo, jamás aparece reflejada en ningún acto jurídico posterior ni en las crónicas, pese a la importan-

⁵ Para comprobar esta ausencia cortesana basta revisar la documentación del reinado de Alfonso VI recogida por Gamba (A. GAMBRA, *Alfonso VI. Cancillería, Curia e Imperio, II. Colección Diplomática*, León, 1998).

Para los territorios referidos hemos utilizado algunas de las principales recopilaciones documentales publicadas:

Cartulario de San Millán de la Cogolla (1076-1200), ed. M.^a L. LEDESMA, Zaragoza, 1989.

Cartulario de San Pedro de Arlanza, ed. L. SERRANO, Madrid, 1925.

Cartulario de Santo Toribio de Liébana, ed. L. SANCHE Belda, Madrid, 1948.

Colección diplomática del monasterio de Sahagún (957-1230), III (1074-1109), ed. M. HERRERO, León, 1988.

Colección diplomática del monasterio de San Vicente de Oviedo, ed. P. FLORIANO LLORENTE, Oviedo, 1968.

Colección de documentos de la Catedral de Oviedo, ed. S. GARCÍA LARRAGUETA, Oviedo, 1962.

Colección documental del archivo de la Catedral de León (775-1230), IV (1032-1109), ed. J. M. RUIZ ASENCIO, León, 1989.

Documentación de la Catedral de Burgos (804-1183), ed. J. M. GARRIDO GARRIDO, Burgos, 1983.

Documentación de la Catedral de Palencia (1035-1247), ed. T. ABAJO AZEVEDO, Palencia, 1986.

Documentos Medievais Portugueses. Documentos Régios, ed. R. PINTO DE AZEVEDO (vols. I y II), Lisboa, 1958-1961.

El tumbo de San Julián de Samos (siglos VII-XII), ed. M. LUCAS ÁLVAREZ, Santiago de Compostela, 1986.

O tombo de Celanova, 2 vols, ed. J. M. ANDRADE CERNADAS, Santiago de Compostela, 1995.
Tumbos del monasterio de Sobrado de los Monjes, 2 vols. ed. P. LOSCERTALES, Madrid, 1976.

cia que este caballero llegará a alcanzar en tiempos de Doña Urraca y su hijo y sucesor Alfonso VII⁶.

Fue precisamente este silencio documental el que nos llevó a considerar la posibilidad de que, si su regreso a los diplomas leoneses y castellanos se producía poco después de la muerte del conde de Tolosa o acompañando el regreso de la infanta Elvira a Europa, entonces Pedro de Lara habría participado en la Primera Cruzada que culminó con la conquista Jerusalem el 15 de julio de 1099.

En efecto, tal y como sospechábamos, esa parece ser la evidencia derivada de la ausencia documental del magnate. Pero sigamos detenidamente el final del proceso. El 28 de febrero de 1105 fallece Raimundo de Saint-Gilles en Tierra Santa dejando estipulado en su testamento que la tutoría de su único hijo legítimo, Alfonso Jordán, quede en manos de la infanta Elvira, madre del muchacho, y de su primo Guillermo conde de Cerdeña que se confirmará como el auténtico regente de los territorios adquirido por el señor de Tolosa durante la empresa de Ultramar⁷.

S. Runciman considera, partiendo de las fuentes documentales y cronísticas del este latino y el sur de Francia, que, al poco tiempo, se conoció en el feudo tolosano la noticia del fallecimiento de Raimundo y que todos aceptaron la sucesión de Beltrán⁸, habido por el conde en Berta de Provenza⁹, pero que, al saber que dejaba de su unión con la infanta Elvira de León un hijo legítimo, enviaron emisarios a Oriente para pedir a la condesa viuda que se hiciera cargo de la herencia francesa del muchacho. En los primeros meses de 1108 la infanta embarcó rumbo a Francia. Poco después, en el verano de ese mismo año, su hijastro Beltrán partió para Oriente dispuesto a regir el señorío de Trípoli¹⁰. En palabras de Runciman «...la condesa Elvira no puede ser culpada por preferir para su hijo las ricas tierras del sur de Francia a un precario señorío en Oriente...»¹¹.

⁶ Sobre el reinado de Doña Urraca, hija y sucesora del emperador, véanse:

C. ÁLVAREZ y G. CAVERO, «El reinado de Doña Urraca (1109-1126)», en C. ÁLVAREZ (coord.), *Reyes de León*, León, 1996, pp. 143-160.

B. F. REILLY, *The kingdom of León-Castilla under Queen Urraca: 1109-1126*, New Jersey, 1982.

Por lo que se refiere a la posición ocupada por los magnates a los que nos estamos refiriendo así como a los que haremos alusión, remitimos a:

S. BARTON, *The aristocracy in twelfth-century León and Castile*, Cambridge, 1997.

⁷ J. L. DÉJEAN, *Les comtes de Toulouse (1050-1250)*, Poitiers, 1988, pp. 105-107 y 131.

⁸ S. RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas, II. El reino de Jerusalem y el Oriente Franco 1100-1187*, Madrid, 1973, pp. 69-70.

⁹ J. L. DÉJEAN, *Les comtes*, pp. 29, 105-107.

¹⁰ S. RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas, II*, p. 70.

¹¹ S. RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas, II*, p. 70.

Pues bien, siete meses después del fallecimiento de Raimundo de Tolosa, el 22 de septiembre de 1105, reaparece en la documentación real de Alfonso VI Pedro de Lara junto a su padre Gonzalo Núñez de Lara, su hermano Rodrigo y otros miembros de la *schola regis*¹².

Si suponemos que, muerto el conde en Oriente y encomendados sus territorios latinos de Ultramar a Guillermo de Cerdeña como regente, la infanta Elvira hubiera necesitado de alguien de su confianza para garantizar los derechos sucesorios de su hijo, entonces podríamos considerar como una posibilidad digna de ser tenida en cuenta que, al poco de perder la vida Raimundo de Saint-Gilles, Pedro de Lara embarcara hacia Tolosa y la Península Ibérica para comunicar su desaparición tanto a los vasallos franceses del conde como al propio emperador.

En su aceptación de la muerte del conde por aquellos hay dos fases: por una parte alguien recién llegado de los Santos Lugares informa del fallecimiento a los tolosanos y éstos confirman a Beltrán como sucesor. Poco después otra persona debió de indicarles que, en Oriente, aguardaba el hijo legítimo de Raimundo y Elvira de León: Alfonso Jordán. A continuación, concedores de los derechos del niño nacido en Palestina, los tolosanos solicitan a la condesa viuda la merced de su pronto regreso.

Todo este proceso, evidentemente, sirve par confirmar la posición de Elvira y su hijo que, de no haber enviado a un emisario de su plena confianza a Tolosa, deberían de haber afrontado la inevitable permanencia en sus feudos del reino Latino de Oriente bajo la no siempre generosa regencia de Guillermo de Cerdeña.

Tal vez, nos movemos en el peligroso campo de las suposiciones, la infanta necesitara de algo más que la confirmación verbal de los derechos de Alfonso Jordán y, por ello, notificara esta nueva de la muerte del conde de Tolosa y de la existencia de un vástago de ambos a su progenitor, el rey de León y Castilla, uno de los monarcas más considerados de la cristiandad occidental del momento y vinculado por matrimonio a las tierras francesas.

En cualquier caso no deja de sorprendernos que, después de trece largos años de ausencia documental, Pedro González de Lara reaparezca en fechas tan acordes con el devenir de los mencionados acontecimientos en Ultramar y, además, reciba la dignidad condal en 1106 de forma tan repentina y extraña para alguien que no ha tomado parte en la vida del reino durante tan extenso período¹³.

¹² *Documentación de la Catedral de Burgos*, doc. 80.

¹³ Consideramos que, dado que a finales de 1105, momento de su regreso a la corte de Alfonso VI, no aparece confirmando sino como Pedro González, y que, a comienzos de 1107 consta en los diplomas como «*Petro Gonzaluo, comite Lara*» o «*comite Petro Gonzaluez tenente Lara*», estimamos que debió recibir tal dignidad en reconocimiento a sus actividades

Queda valorada, por tanto, la posible existencia de un contingente armado procedente de León y Castilla en la primera Cruzada, grupo de dimensiones desconocidas, pero sin duda no excesivamente significativas, ya que apenas si se escapan algunos retazos de su presencia en las fuentes coetáneas, y cuya jefatura creemos que debió de recaer en el alférez real Pedro González de Lara, quien seguiría el camino emprendido por el conde Raimundo de Saint-Gilles y su esposa la infanta Elvira de León. De ser así las noticias facilitadas por la Gran Conquista de Ultramar en la que se nos habla de «...una compañía de caballeros españoles que allí había...», en Nicea, una de las principales batallas de la primera Cruzada, «... que aguardaban al conde de Tolosa, de que él hiciera caudillo a Don Pero González el Romero, que era muy buen caballero de armas, y era natural de Castilla...»¹⁴, reflejarían acontecimientos referidos a Pedro González de Lara.

Ese mismo caballero, ¿Pedro de Lara?, aparece también en esta fuente a propósito de un incidente ocurrido en Antioquía en el cual el conde de Flandes quedó, debido a una imprudencia suya, a merced de los musulmanes quienes le mataron el caballo obligándole a defenderse a riesgo de perder la vida allí hasta que, a su socorro, llegaron dos caballeros, el uno procedente de Francia, el segundo Don Pedro González, «...mas el español que llegó primero, dio tan gran golpe a un moro por las espaldas con una lanza que traía a sobre mano, que se la sacó por los pechos más de un codo y dio con él muerto en tierra...»¹⁵.

El mismo M. Fernández de Navarrete, de quien hemos tomados las dos referencias anteriormente citadas, mantiene que el papado, en concreto Pascual II, se vio forzado por Alfonso VI a amonestar a los vasallos del leonés para que no acudieran a Tierra Santa los unos y volvieran de ella los otros. Antes de la Bula, expedida en San Juan de Letrán el 8 de abril de 1109, en la que constarían estas llamadas de atención a los caballeros leoneses y castellanos, a instancias del emperador, el pontífice advirtió a los hombres de Alfonso VI en el mismo sentido por dos veces: en 1100 y 1105¹⁶.

Precisamente en este último año, 1105, datamos el regreso de Pedro de Lara. De su posterior *cursus honorum* en la corte una vez nombrado conde por el monarca podemos destacar su matrimonio, entre 1108-1109,

en Tierra Santa (*Documentación de la Catedral de Burgos*, docs. 82 y 83).

¹⁴ *La Gran Conquista de Ultramar*, lib. II, cap. 49 (Cfr. M. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Españoles en las Cruzadas*, p. 24, n. 27).

¹⁵ *La Gran Conquista de ultramar*, lib. II, cap. 53 (Cfr. M. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Españoles en las Cruzadas*, p. 25, n. 28).

¹⁶ Se basa para tal afirmación en la obra *Sinópsis histórica* de Juan de Ferreras así como en el tomo XX de la *España Sagrada* (M. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Españoles en las Cruzadas*, pp. 37-38).

con Eva, hija del vizconde Almanricus de Rochechouart que acudiera con los demás caballeros franceses al llamamiento de Alfonso VI después de la derrota de Sagrajas¹⁷.

Poco después fallece el monarca y es sucedido por Doña Urraca comenzando una turbulenta relación personal que unirá de forma estrecha a la Casa de Lara con la dinastía real.

Pero regresemos a Tierra Santa después de la Primera Cruzada. La situación en el oriente latino tras la rápida conquista franca proporcionó, en inicio, los suficientes años de tranquilidad como para permitir el asentamiento de aquellos que participaron en la aventura de Ultramar y de todos los recién llegados que acudían a visitar los Lugares de la Predicación de Jesucristo.

Afianzado en el trono de Jerusalem Balduino I, recompensados los principales caballeros que se destacaron en esta empresa, debilitados los musulmanes ante sus propios problemas internos, todo hacía presagiar un largo período de paz y estabilidad que, sin embargo, resultaría tan fugaz como la vana ilusión sobre la que se asentaba.

La desaparición de los primeros jefes cruzados, la sucesión de éstos en cada uno de sus feudos, así como la incipiente recomposición de las fuerzas ismaelitas, llevarán a los cristianos a asegurar su posición en el Este Latino, especialmente después del desastre de la batalla conocida por los cronistas como *Ager Sanguinis*, Campo de Sangre, en la que las fuerzas de Ilghazi consiguieron destrozarse al ejército de Roger de Antioquía (1119)¹⁸.

El norte y la frontera cercana a Ascalon resultaban los dos sectores más débiles del organigrama político-militar de los primeros monarcas de Jerusalem por lo que sus más destacadas actuaciones siempre tuvieron como objetivo estas dos áreas geográficas sin descuidar, por supuesto, el reconocimiento de su propia soberanía entre los demás señores.

Poco después de la triste jornada en la que perdió la vida Roger de Antioquía, según las fuentes documentales gallegas¹⁹, tuvo lugar la peregrinación a los Santos Lugares del conde Rodrigo Vela, hijo de Vela

¹⁷ Esta dama, a quien durante mucho tiempo se consideró hija de Pedro Froilaz de Traba, desposó previamente con el conde García Ordóñez de Nájera, muerto en Uclés junto al infante Sancho (M. TORRES, *Linajes nobiliarios*, p. 223, n. 1125).

¹⁸ Recoge este episodio detalladamente Guillermo de Tiro [WILLIAM OF TYRE, *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, en *Recueil des Historiens des Croisades. Historiens occidentaux*, I, XII, 9-10, pp. 523-526, que ha sido reeditada por R. B. C. HUYGENS en su *Corpus Christianorum. Continuatio Medievals*, 2 vols., Tournhout, 1986 (= en adelante WT)].

¹⁹ Agradecemos esta referencia al Dr. D. Eduardo Pardo de Guevara que la incorpora en su magnífico y completo estudio sobre los señores de Lemos que, en breve, verá la luz.

Ovéquiz, conde de Lemos, Sarria y Montenegro²⁰, uno de los principales magnates del reinado de Doña Urraca²¹, que, a su muerte, aparece calificado en la Crónica del Emperador Alfonso VII como «...*Rodrigo Vela, conde de Galicia...*»²².

En 1120, cuando el noble leonés decide emprender el camino a Tierra Santa, mientras Hugo de Payns reclutaba para la neonata Orden del Temple combatientes por la Fe en Europa, el rey Balduino II regresaba a Antioquía, sector por el que Bulaq, gobernador de Athareb y hombre de Ilghazi, realizaba incursiones con el objetivo de apoyar los ataques de su señor en Edesa.

Aunque ambas campañas terminaron en rotundos fracasos, el temor a la llegada de los musulmanes forzó al monarca a dirigirse hacia el norte para socorrer a los cristianos de estos territorios. Acompañaba a este ejército la Vera Cruz, la sagrada reliquia en la que confiaban los miembros de la hueste, y cuya custodia le correspondió durante el viaje al patriarca Gormundo. Esta expedición culminó en una tregua entre Ilghazi y Balduino que permitió a ambos fijar las fronteras. En 1121 el monarca cruzaba el Jordán y asolaba la fortaleza de Jerash para garantizar la estabilidad de su pacto y evitar posibles razzias sureñas que pusieran en peligro la misma capital o, en su defecto, la rica región de la Galilea²³.

Ciertamente las conquistas militares de la Primera Cruzada se habían ceñido, en esencia, a una estrecha franja costera, circunstancia que aumentaba el peligro de aislamiento de los distintos territorios cristianos en caso de una campaña musulmana lo suficientemente arriesgada como para seccionar los estados latinos.

La protección del reino y de sus fronteras forzó a los primeros monarcas de Jerusalem a promover la llegada de peregrinos y colonos europeos con el único objetivo real de aumentar los ingresos de las no demasiado pujantes arcas regias al tiempo de facilitar el asentamiento de estos contingentes humanos creando una reserva militar.

Pero el camino no estaba exento de dificultades y peligros. Así, por ejemplo, en 1119 se documenta un ataque ismaelita a un grupo de pere-

²⁰ Aparece con tal dignidad en: *Tumbo del monasterio de Sobrado de los monjes*, docs. 20, 81, 125.

²¹ Sobre su ascendencia y peregrinación véase el minucioso estudio del Dr. Jaime de Salazar [J. de SALAZAR Y ACHA, «Una familia de la Alta Edad Media: los Velas y su realidad histórica», en *Estudios Genealógicos y Heráldicos*, 1 (1985), pp. 19-64].

Una aproximación prosopográfica de este personaje aparece en: M. TORRES, *Linajes nobiliarios*, pp. 182-183.

²² M. PÉREZ, Crónica del Emperador Alfonso VII, en *El reino de León en la Alta Edad Media*, IV. *La monarquía (1109-1230)*, León, 1993, pp. 77-213, p. 124.

²³ S. RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas II*, pp. 150-151.

grinos que sufrieron cuantiosas bajas²⁴. Esta inseguridad sirvió como base a la creación de la Orden del Temple cuyo objetivo será, precisamente, garantizar la integridad física de los devotos europeos que acudan a los Santos Lugares²⁵.

Durante estos turbulentos años, coincidiendo con la muerte de Doña Urraca (1126), peregrina a Jerusalem el conde gallego Fernando Pérez de Traba acompañado de su hermano Vermudo²⁶.

Al igual que ocurre con los Lara, nos encontramos con dos individuos estrechamente vinculados con la dinastía reinante en León y Castilla pues, si el conde Pedro de Lara mantuvo relaciones adúlteras con la soberana Doña Urraca y su hermano Rodrigo desposó con la infanta Sancha, hija también de Alfonso VI, por su parte Fernando de Traba, fallecido Enrique de Borgoña, hará lo mismo con Teresa, hermana de las anteriores, y, para completar el estrecho círculo que vinculaba a estos magnates con el linaje regio, Vermudo Pérez de Traba casa con Urraca Henríques, hija de la anterior y su primer esposo (véase árbol genealógico número 1).

Fruto de estas relaciones con la condesa-*rainha* Teresa de Portugal, y de su presencia en Tierra Santa en los años inmediatos a la creación de la Orden del Temple, es la donación conjunta, el 19 de marzo de 1128, vuelto Fernando de Traba a sus tierras, del castillo de Soure con sus términos. Una fortaleza que pertenecía al magnate gallego y que entregan a *Deo et militibus Templi Salomonis*²⁷.

Desde esta fecha, y durante las décadas siguientes, aumentan las concesiones a la neonata orden militar en Portugal de tal manera que ésta se convierte en la garante de uno de sus más peligrosos sectores de frontera.

No será la única vez en la que se crucen los nombres de los Traba, o los Lara, con el del Temple, como veremos a propósito de Rodrigo González de Lara y de sus intervenciones militares en Tierra Santa²⁸.

²⁴ John Wilkinson se ha ocupado de abordar el fascinante tema de los peregrinos europeos que deciden arriesgarse en la empresa de Ultramar. Remitimos, por tanto, a sus obras, especialmente a:

J. WILKINSON, J. HILL y W. F. RYAN, *Jerusalem pilgrimage, 1099-1185*, Londres, 1988.

²⁵ L. GARCÍA-GUIJARRO, *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares (siglos XI-XIII)*, Madrid, 1995, pp. 74-77.

²⁶ Recoge esta peregrinación J. L. López Sangil en su completo trabajo sobre la Casa de Traba: J. L. LÓPEZ SANGIL, «La familia Froilaz-Traba en la Edad Media gallega», en *Estudios Mindonienses*, 12 (1996), pp. 275-403, p. 307.

²⁷ R. PINTO DE AZEVEDO, *Documentos Medievais Portugueses. Documentos Regios, vol I (a. D. 1095-1185)*, Lisboa, 1958, docs. 79 y 80.

²⁸ Sobre la evolución de la orden en la corona de Castilla resulta de interés la obra de síntesis del Padre Gonzalo Martínez Díez acerca de esta milicia:

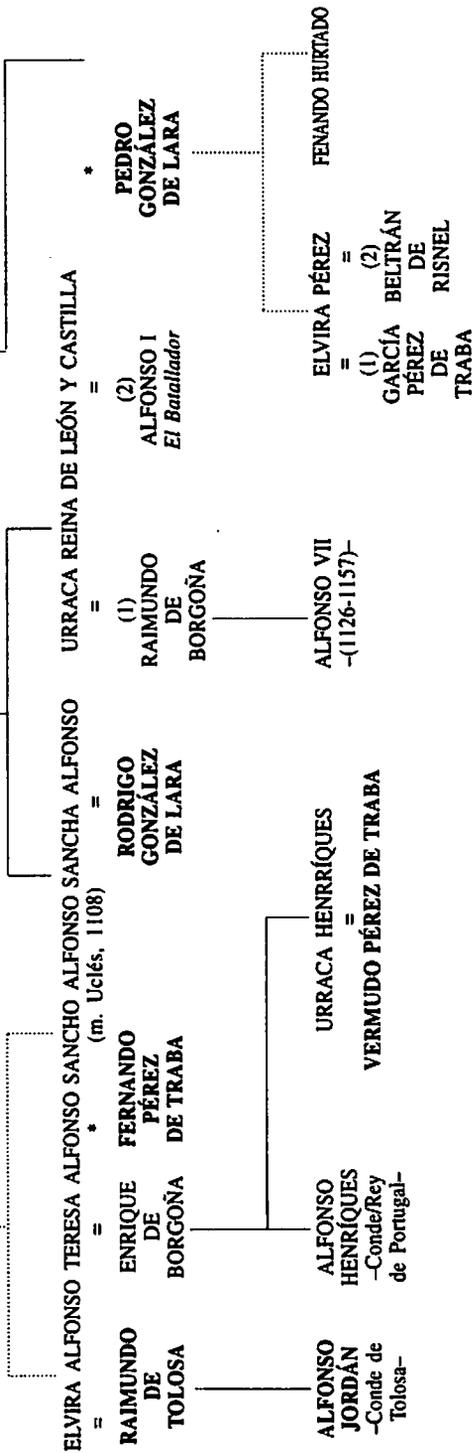
G. MARTÍNEZ DÍEZ, *Los Templarios en la Corona de Castilla*, Burgos, 1993.

ARBOL GENEALÓGICO I

RELACIONES DE LOS LINAJES DE TRABA Y LARA CON LA DINASTÍA REAL LEONESA EN TIEMPOS DE LAS PRIMERAS CRUZADAS

JIMENA MUÑIZ * ALFONSO VI, REY DE LEÓN Y CASTILLA= CONSTANZA DE BORGÑA
(1065-1109)

ISABEL «ZAIDA»



* Hijo ilegítimo: Alfonso Jordán, cruzado o peregrino a Tierra Santa.

Resulta de sobra conocida la tirante relación que Alfonso Henríques, primer monarca portugués, mantuvo con su madre y con el conde Fernando que, perdida su posición preeminente en los estados de la infanta Teresa, retorna a Galicia desde donde jugará un destacado papel en la política intervencionista de Alfonso VII garantizando la estabilidad del *limes* y frenando a menudo las ambiciones del luso, capaz de adentrarse en territorio galaico y desafiar allí a los principales magnates al servicio del emperador²⁹.

Estos leales servicios se vieron recompensados con la entrega de las tenencias no sólo de Traba y Trastámara, sino de Galicia, entre 1140-1147³⁰. Año éste en el que tiene lugar la campaña de Almería, empresa en la que tomó parte el magnate al frente de la hueste reclutada en las tierras al oeste del Cebrero indicándonos, además, la misma fuente que Fernando de Traba ejerce las funciones de ayo de Fernando II al igual que, antaño, su padre Pedro Froilaz de Traba se ocupó del joven Alfonso Raimúndez, más tarde Alfonso VII³¹.

Poco después de la toma de la ciudad mediterránea, en la cima de su poder, peregrina el conde por segunda vez a los Santos Lugares acompañado de su hermano Vermudo, tal y como recoge un diploma del monasterio de Sobrado, datado en 1153, en el que el propio caballero recuerda que «...*ego comes Fernando secundo Iherosolimam perrexi...*»³².

Dos años más tarde fallece en Galicia, siendo sepultado en Santiago de Compostela aunque, a iniciativa de Vermudo de Traba, será trasladado al cenobio de Sobrado³³.

Abandonemos Galicia y detengámonos otra vez en León y Castilla pues, entre ambas peregrinaciones de los Traba, en 1137, se produce una nueva aventura en Ultramar protagonizada por un miembro de la Casa de Lara: Rodrigo González, hermano de Pedro.

Regresemos algo más de una década atrás en el tiempo. El mismo año en el que se data la primera peregrinación a los Santos Lugares del conde Fernando de Traba, fallecía en Saldaña (Palencia) la reina Urraca, la gran favorecedora del linaje de Lara.

Debido, quizás, a la nueva situación o, posiblemente, por la marcada animosidad mostrada por el sucesor Alfonso VII hacia el amante de su madre, Pedro González de Lara, el hecho es que ambos, Pedro y su hermano Rodrigo, se niegan a acatar la autoridad del joven monarca.

²⁹ «...ya en otro tiempo el citado rey de Portugal había llegado muchas veces a Galicia, había sido expulsado de allí por el conde Fernando Pérez, Rodrigo Vela y otros...» (M. PÉREZ, *Crónica del emperador*, p. 150).

³⁰ M. TORRES, *Linajes nobiliarios*, p. 335.

³¹ Nos referimos al «Poema de Almería» (M. PÉREZ, *Crónica del Emperador*, pp. 150-151).

³² *Tumbo del monasterio de Sobrado de los monjes*, II, doc. 19.

³³ J. L. LÓPEZ SANGIL, «La familia Froilaz-Traba», p. 321.

En principio éste se encuentra incapaz de hacer sentir todo su poder a estos dos magnates que mantienen sus tenencias arrogantemente libres de toda intervención real y osan, incluso, desafiar al rey desde ellas llegando a aliarse con Alfonso I de Aragón, como es bien sabido.

La muerte del conde Pedro en el sitio de Bayona en combate personal con Alfonso Jordán, señor de Tolosa, no impide que su hermano Rodrigo de Lara mantenga su altanera posición desde sus territorios de Castilla y las Asturias de Santillana³⁴.

Capturado el conde, encarcelado por orden de Alfonso VII y liberado pocos días después, recibe de manos del monarca grandes dominios en la frontera: Castilla y aún la misma Toledo, circunstancias que evidencian, fuera de toda duda, la destacada posición que ocupa Don Rodrigo de Lara³⁵.

Sin embargo, sus cada vez más prolongadas ausencias de la corte, unidas a la callada labor en su contra llevada a cabo por sus enemigos le llevan, aprovechando la magnífica oportunidad brindada por el *concilium* convocado por Alfonso VII en Burgos (septiembre, 1136)³⁶, a devolver al soberano las tenencias recibidas de él y, después de besar las manos del rey y despedirse de sus gentes y amigos, marchar en peregrinación a Jerusalem³⁷.

La última mención documental del magnate en Castilla se data en febrero de 1137 por lo que suponemos que abandonaría la Península poco después³⁸.

Su presencia en el reino latino de Oriente coincide con los años del reinado de Fulko de Anjou. En 1137, momento de su llegada, se producen diversas incursiones árabes contra los territorios cruzados. Entre ellas debemos destacar el ataque a Homs, llevado a cabo por Zengi (Junio) y, más tarde el asedio de Montferrand (finalizado en Agosto)³⁹.

³⁴ Sin duda es una auténtica paradoja del destino que el magnate encontrara su fin a manos del joven conde de Tolosa. Para un mejor seguimiento de estos hechos véase: M. PÉREZ, *Crónica del emperador Alfonso*, pp. 132-134.

³⁵ M. PÉREZ, *Ibidem*, p. 132.

Los *Annales Toledanos I* nos refieren algunas de las empresas militares del conde en tierras musulmanas: «...entró el conde Rodrigo Gonzalez con gran huest en el Axarraf de Sevilla e lidio con los moros e uencioles e mato al rey Omar en Azareda...» (*Annales Toledanos I, España Sagrada, XXIII*, p. 338).

³⁶ En septiembre de 1136, aprovechando la llegada del cardenal Guido de Roma, Alfonso VII convoca una reunión del *palatium* a la que acuden tanto el conde Rodrigo como su sobrino Almanrico Pérez, hijo de Pedro de Lara y Eva de Rochechouart, en ese momento alférez real (*Documentación del monasterio de San Juan de Burgos (1091-1400)*, ed. F. J. PEÑA, Burgos, 1983, doc. 10).

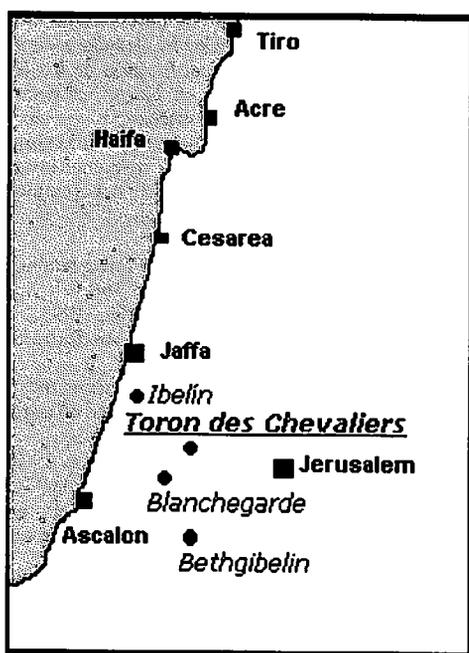
³⁷ M. PÉREZ, *Ibidem*, p. 140.

³⁸ L. de SALAZAR, *Historia genealógica de la Casa de Lara, lib. XVIII*, Madrid, 1696, p. 252.

³⁹ R. GROUSSET, *La epopeya de las Cruzadas*, Madrid, 1996, pp. 130-133.

Según la Crónica del Emperador Alfonso el conde de Lara combatió en diversas ocasiones a los musulmanes en Tierra Santa, especialmente en el sector sur de la frontera, cerca de la plaza de Ascalon⁴⁰, y será precisamente entre los meses de Junio y Julio de 1137 cuando se documenta la dura campaña emprendida por la guarnición árabe de esta ciudad contra la de Lydda, aunque sin resultados fatales para los cruzados⁴¹.

La auténtica amenaza encubierta en estas empresas militares se encuentra en la cercanía de los mismos con la capital del reino latino: Jerusalem.



Principales fortificaciones que protegían el camino entre Ascalón y Jerusalem. En cursiva Toron des Chevaliers, construido por Rodrigo de Lara, hermano del conde Pedro González.

Por ello, a iniciativa de Fulco de Anjou, se refuerza la frontera sur donde existían ya tres castillos que defendían la ciudad santa de los ataques procedentes de Egipto: Ibelin, Blanchegarde y Bethgibelin.

Será en este momento cuando se date la construcción de la fortaleza de Toron des Chevaliers (véase el mapa adjunto) que, según las referencias proporcionada por la Crónica del Emperador Alfonso⁴², mandó edificar a sus expensas el conde de Lara para, una vez bien dotada de hombres e impedimenta, donarla a la Orden del Temple en cuyas manos permanecerá en adelante⁴³, pues no hay que olvidar que la defensa del sector

⁴⁰ M. PÉREZ, Crónica del emperador Alfonso, p. 140.

⁴¹ S. RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas*, II, p. 190.

⁴² M. PÉREZ, Crónica del emperador, p. 140.

⁴³ Tradicionalmente se ha aceptado que la Orden poseía esta fortaleza desde antes de 1187 aunque no se especifique la fecha exacta.

sur de frontera es una más de las causas que motivan la aparición de esta orden militar⁴⁴.

H. Kennedy ofrece una magnífica descripción de este castillo de planta cuadrada en su trabajo sobre las fortalezas cruzadas: «...Some 8 kms to the southeast, guarding the entrance to the southern route through the hills to Jerusalem (now the course of the main road) lay the Templar castle of Le Toron des Chevaliers (so called to distinguish it from the Toron in Galilee). The unimpressive ruins of the castle stand in a fine position on a low, isolated hill with a commanding view over the entrance to the valley and the well-tended orchards and gardens of the monastery of Latrun immediately to the west...The oldest part was a tower which was later surrounded by a rectangular enclosure, 72 * 55 m, with vaulted chambers along the insides of the walls. Outside this there was a polygonal outer court whose walls followed the line of the hills; one rectangular defensive tower survives from this....» (H. Kennedy, *Crusader castles*, Cambridge, 1995, p. 55).

El castillo de Toron, vinculado al Temple, se presenta como una isla perteneciente a esta orden en medio de un territorio en su mayoría hospitalario. Este hecho ha llevado a algunos investigadores israelíes a estimar la posibilidad de una necesaria reidentificación de los lugares. Consideran que Emmaus no ha de localizarse en Abu Gosh sino en Latrun, es decir, la villa en cuya inmediaciones se encuentra Toron, en cuyo caso esta fortaleza tal vez no corresponda al Toron templario sino a otro hospitalario máxime cuando dicho topónimo simplemente identifica un lugar elevado. En nuestra opinión creemos que se debe mantener la interpretación tradicional de un castillo vinculado a la milicia de los caballeros del Templo de Salomón en medio de una comarca mayoritariamente en manos del hospital.

Sobre esta polémica véase:

M. EHRLICH, «The identification of Emmaus with Abu Gos in the Crusader Period reconsidered», en *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, 112 (1996), pp. 165-169.

D. PRINGLE, *The Churches of the Crusader Kingdom of Jerusalem I*, Cambridge, 1993.

Acerca de la orden de San Juan del Hospital y sus primeros asentamientos en Tierra Santa remitimos a:

J. RICHARD, «Hospitals and Hospital Congregations in the Latin Kingdom during the first period of the Frankish Conquest», en *Outremer. Studies in the history of the Crusading Kingdom of Jerusalem*, Jerusalem, 1982, pp. 89-100.

J. RILEY-SMITH, *The Knights of St. John in Jerusalem and Cyprus, ca. 1050-1310*, London, 1967.

Sobre los hospitalarios y su repercusión en las tierras peninsulares resultan referencia obligada los trabajos, definitivos en muchas ocasiones, de C. de Ayala que ha impulsado la investigación de las Ordenes Militares en España ofreciendo novedosos puntos de vista y siempre sugerentes perspectivas de análisis. Entre sus aportaciones más recientes podemos destacar:

C. de AYALA *et alii*, «Las Órdenes militares en la Edad Media peninsular. Historiografía 1976-1992. I. Reinos de Castilla y León», en *Medievalismo*, 2 (1992) y «II. Corona de Aragón, Navarra y Portugal», en *Medievalismo*, 3 (1993). En esta última parte se completa la bibliografía de la anterior.

C. de AYALA, «Órdenes Militares Hispánicas: reglas y expansión geográfica», en *Los monjes soldados. Los Templarios y otras órdenes militares. Actas del IX Seminario sobre historia del Monacato (7-10 de agosto de 1995)*, *Codex Aquilarensis* 12 (1996), pp. 57-86.

—, «La investigación sobre la Orden de San Juan de Jerusalén en la corona de Castilla durante la Edad Media», en *Libro de Privilegios de la Orden de San Juan de Jerusalén en Castilla y León (siglos XII-XV)*, Madrid, 1995, pp. 21-46.

Por lo que se refiere, en general, a la identificación geográfica de los primeros asentamientos cruzados en Palestina deseamos destacar la obra colectiva *Crusade and Settlement*, ed. P. W. EDBURY, Cardiff, 1985.

⁴⁴ En lo tocante a los orígenes de esta institución resultan significativos, entre otros, los trabajos de M. BARBER, *The new Knighthood. A History of the Order of the Temple*, Cambridge, 1994 y M. MELVILLE, «Les Débuts de l'Ordre du Temple», en *Die Geistlichen Rittenorden Europas*, Sigmaringen, 1980, pp. 23-30.

La documentación hispana nos demuestra que Rodrigo González, terminada su aventura en Ultramar, decidió regresar a sus estados en 1139, aunque el emperador Alfonso VII se negó a recibirle, no así a algunos de sus vasallos como Pedro Núñez de Fuente Armegil que aparece en los diplomas del monarca en febrero de ese año⁴⁵.

La última noticia constatada del conde se data en 1140 cuando, junto con otros miembros de su propio linaje, dona una villa al monasterio de Arlanza (Burgos)⁴⁶.

La actitud del soberano hacia el magnate le forzó, de nuevo, a abandonar el reino y buscar amparo en las cortes de Ramón Berenguer de Barcelona, García de Navarra y, finalmente, en Valencia donde «...los musulmanes le dieron un brebaje y cayó enfermo de lepra...». Siempre según la Crónica del Emperador, Rodrigo salvó milagrosamente la vida y, por ello, decidió regresar a Jerusalem donde «...permaneció hasta el día de su muerte...»⁴⁷. En esta ocasión tan sólo tres caballeros le acompañaron en su última aventura siguiendo el deseo del propio conde: Pedro Núñez de Fuente Armegil, Rodrigo González de Ceballos y Gutierre Rodríguez de Langueruella quienes, a su muerte en 1140 en Tierra Santa⁴⁸, según Don Juan Manuel, regresaron con el cadáver del magnate y en esta oportunidad si fueron recibidos por el emperador en los alrededores de Osma (Soria). Sin duda éste fue el postrero honor que se rindió al conde Rodrigo González de Lara⁴⁹.

Un año más tarde, en 1141, los diplomas castellanos conservan la memoria de algunos de sus vasallos: Pedro de Fuente Armegil, Guillén Rendol, Gualter Alesmes y Gonzalo Pérez de Sión⁵⁰.

Así termino la segunda aventura cruzada de un miembro de la Casa de Lara. Como hemos podido comprobar a lo largo de las páginas precedentes los testimonios conservados en los que se nos relata la partici-

⁴⁵ Documentación de la Catedral de Palencia, doc. 34.

⁴⁶ «...ego Rodericus comes, una cum consanguinibus meis...Malrico...Don Nuño, Don Rodrico, Don Alvaro...comitissa Dona Elbira...» (L. de SALAZAR, *Pruebas de la Casa de Lara, pruebas del libro III*, p. 6).

⁴⁷ M. PÉREZ, *Crónica del emperador*, p. 141.

⁴⁸ La noticia exacta de su muerte se encuentra en los fondos documentales vinculados a la Orden del Temple en Tierra Santa pues, según un diploma coetáneo, el conde adoptó el hábito de la milicia del templo de Salomón poco antes de fallecer.

Agradecemos esta referencia al Dr. Michael Ehrlich del Department of the Land of Israel Studies (Bar-Ilan University).

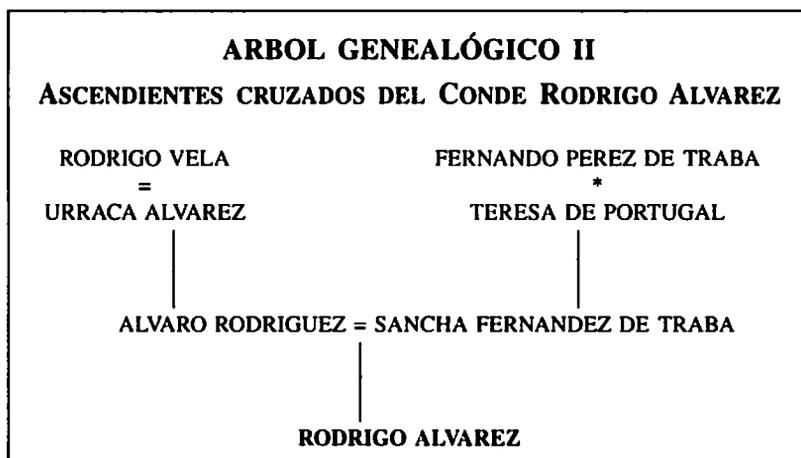
⁴⁹ Nos proporciona esta jugosa información Don Juan Manuel en su *Conde Lucanor*, capítulo 3.

Según L. de Salazar, el conde fue enterrado en Santa María de Piasca (Liébana, Santander) (L. de SALAZAR, *Pruebas de la Casa de Lara, libro XVIII*, p.252).

⁵⁰ Que aparecen confirmando documentos otorgados por el hijo del conde, Rodrigo Rodríguez (*Documentación de la Catedral de Burgos*, docs. 169, 171 y 174).

pación de nobles leoneses y castellanos en la empresa de Ultramar se ciñen, básicamente, a tres estirpes: Lara, Traba y a la familia del conde Suero Vermúdez, es decir: Rodrigo Vela.

Descendiente de este último caballero será el conde Rodrigo Alvarez, tenente de Sarria y Montenegro desde 1167 a 1175, en quien se unen las sangres de dos peregrinos: Rodrigo Vela y Fernando Pérez tal y como podemos comprobar en el árbol genealógico número 2⁵¹.



Llevado de un singular fervor religioso, este magnate abandonó sus estados para profesar en la Orden del Temple, aunque pronto desechó tal idea y optó por el hábito de Santiago al tiempo que su esposa ingresaba en el Císter, siendo seguida en tal decisión por el propio caballero que, sin ningún consentimiento previo, comenzó a utilizar la cruz blanca y roja por mitades.

Santiagoista, pero bajo la observancia del Císter, el conde obtuvo la aprobación de Roma de esta nueva orden que, desde su nacimiento, mantuvo continuos roces con la milicia del apóstol hasta el extremo de trasladarse a Aragón y, a finales de la década de los años setenta de la duodécima centuria, peregrinar a Jerusalem donde el conde Rodrigo adquiere la Iglesia y cenobio sites en Montegaudio, junto a la ciudad santa⁵².

⁵¹ M. TORRES, *Linajes nobiliarios*, p. 184.

⁵² Con ocasión del «Fifth International Conference of the Society for the Study of the Crusades and the Latin East», celebrado en Israel coincidiendo con el novecientos aniversario de la toma de Jerusalem, se revisaron algunos de los aspectos más significativos de la participación de las órdenes militares hispanas en Tierra Santa en la sugerente ponencia de la Dra. M.^a Antonia Carmona Ruiz cuyo texto nos ha permitido consultar gentilmente y al cual remitimos para todo lo referente a la milicia de Montegaudio y su papel en Ultramar:

Su llegada coincide con el momento de mayor debilidad del reino latino. La muerte de Amalarico propició la entronización de un joven de trece años marcado por la lepra, Balduino, bajo la tutela de Raimundo de Trípoli, regente durante tres años⁵³. La temprana desaparición de este soberano dejó el gobierno en manos de un niño de apenas seis años cuyo fallecimiento convirtió en nuevo monarca al segundo marido de su madre la princesa Sibila: Guido de Lusignan⁵⁴.

Las campañas de Nur al-Din primero, y el arrollador empuje de Saladino, invirtieron la balanza de poder entre los estados cruzados y sus vecinos musulmanes creando un estado de ansiedad entre los cristianos que hacía presagiar la propia caída de la capital del reino, como así ocurrió en 1187⁵⁵.

La llegada del conde Rodrigo Alvarez no podía acontecer, pues, en peor momento. Su obra, como el propio estado latino de oriente, tampoco estaba llamada a perdurar en el tiempo pues, si bien en 1180 el papa Alejandro confirma todas las posesiones de la milicia en los reinos de León, Aragón y en Tierra Santa, en 1186, casi coincidiendo con la toma de Jerusalem por las fuerzas de Saladino (1187), se desata la crisis en la milicia de Montegaudio ya que el maestre peninsular entrega al Temple todos los bienes de la orden.

La muerte de Rodrigo Alvarez, la pérdida de la Ciudad Santa y, por tanto, de la sede en Palestina, propicia el principio del fin de la obra de este último cruzado del XII. En 1215 parte de sus bienes se incorporan al Temple y, en 1221, sus caballeros se funden con los de Calatrava⁵⁶.

* * *

Si recapitulamos sobre lo expuesto podemos extraer una serie de conclusiones: en primer lugar la presencia constante de peregrinos proce-

M.^a A. CARMONA RUIZ, «The participation of the Spanish Military Orders in the Levantine Crusades in the thirteenth century», en *Fifth International Conference of the Society for the Study of the Crusades and the Latin East*, Jerusalem-Acre, 1999 (en prensa).

⁵³ De la importancia adquirida por el señor de Trípoli durante los años finales del rey Amalarico y la regencia de su sucesor Balduino ofrecen cumplida relación H. E. Mayer y B. Z. Kedar:

H. E. MAYER, «The beginnings of king Amalric of Jerusalem», en *The Horns of Hattin* (ed. B. Z. Kedar), Jerusalem, 1992, pp. 121-135.

B. Z. KEDAR, «The patriarch Eraclius», en *Outremer. Studies in the history of the Crusading Kingdom of Jerusalem*, Jerusalem, 1982, pp. 177-204.

⁵⁴ Coronado en 1183, era un segundón prácticamente recién llegado al Este Latino cuando desposó a la hermana de Balduino el Leproso, la princesa Sibila de Jerusalem (R. C. SMAIL, «The Predicaments of Guy of Lusignan, 1183-1187», en *Outremer. Studies in the history of the Crusading Kingdom of Jerusalem*, Jerusalem, 1982, pp. 159-176).

⁵⁵ Conservamos una magnífica descripción de estos acontecimientos en la obra de Guillermo de Tiro a la que remitimos (WT, 21, 7, pp. 1014-1016).

⁵⁶ G. MARTÍNEZ, *Los Templarios en la Corona de Castilla*, pp. 43-44.

dentes del noroeste peninsular en Tierra Santa, reducidos en número si, pero, no lo olvidemos, hemos de ceñirnos a las referencias documentales conservadas, pues la parquedad de las fuertes no siempre nos permite recomponer la totalidad del cuadro social ni siquiera completar el panorama cronológico que aquí intentamos abordar.

Seguidamente podríamos establecer la estrecha relación existente entre estos cruzados de las primeras décadas del s. XII y la implantación de la Orden del Temple en los reinos de León, Castilla y Portugal. Quizás el ejemplo más destacable sea la concesión de 1128 a esta milicia por parte de Fernando de Traba y la infanta Teresa, poco tiempo después del regreso del caballero desde Jerusalem.

Vínculos que unen a los *milites Templi* y esta nobleza cruzada y que se mantienen no sólo en la Península sino, también, en los Santos Lugares. Buena prueba de ello resulta la entrega del castillo de Toron des Chevaliers, construido por Rodrigo de Lara, a la mencionada orden. Esta fortaleza dotada, edificada y con una guarnición completa es cedida por el magnate para contribuir a la protección de la capital del reino.

Asimismo nos parece relevante que estos peregrinos y cruzados, cuya vida hemos podido recomponer, pertenezcan mayoritariamente a los primeros linajes del reino y, además, resulten personajes estrechamente unidos a la propia dinastía: Fernando de Traba a través de la *rainha* Teresa, Vermudo de Traba desposado con la infanta Urraca Henríques, Rodrigo de Lara marido de Sancha de León, Pedro de Lara fiel apoyo y compañero de la misma reina Urraca, o el conde Rodrigo Alvarez nieto de los primeros y en quien confluyen sus sangres.

No quisiéramos poner punto y final sin recordar la necesidad de establecer lazos de cooperación con los centros de investigación del antiguo Este Latino, pues sólo mediante una estrecha interrelación podremos avanzar en el estudio de las mutuas influencias que han unido ambos territorios y que aguardan un estudio en profundidad.